

**Michèle Federico Sciacca: FILOSOFIA E ANTIFILOSOFIA.**  
Marzorati-Editore-Milano, 1968, 144 páginas.

Bajo este título nos presenta su nuevo libro Miguel Federico Sciacca. Un conocido pensador italiano, muy apreciado también en los ambientes culturales españoles, no sólo por las buenas relaciones que guarda con algunos de ellos, sino también y principalmente, como observaba Muñoz Alonso al hacer la presentación de su otro libro, "Dios y la religión en la filosofía actual", porque la corriente íntima de su pensamiento confluye con la tradicional de la filosofía española. Sciacca es además —añadía— uno de los pocos filósofos (entre los italianos caso único) que incorporan temas y problemas del pensamiento español a su aplauso o a su crítica.

El libro sobre el que reclamamos la atención del lector recoge las cinco lecciones de un curso habido por el autor en la "Cátedra de A. Rosmini", del "Centro Internacional de Estudios Rosminianos" de Stresa. En ellas, el llamado "filósofo de la integridad", se enfrenta con los problemas más vivos y candentes del momento actual, problemas filosóficos y morales, políticos y sociales, religiosos y teológicos, vertiendo sobre ellos luz, a base de contraponer la verdadera a la falsa filosofía.

Como él mismo dice, se trata de afrontar los graves problemas de nuestro tiempo con decisión y claridad, sometiéndolos a un análisis crítico vigoroso y abierto, sin dogmatismos ni apologías, pero estando a la luz del pensamiento rosmينiano y de la filosofía clásica.

Cuando tantos hoy parecen sentir una especie de "terror ideológico" y huyen de la filosofía, sobre todo de la metafísica, para volcarse en operaciones "positivas y prácticas", cultivando "aperturas" equívocas y "diálogos" complacientes, si no repugnantes, este libro testimonia la fe del autor en la filosofía, que es ante todo metafísica; inteligencia del ser y no técnica o sensación; verdad y no eficacia.

El empeño filosófico auténtico no consiste en invertir, sino en profundizar, analizar y abrir horizontes nuevos a verdades ya conocidas, sabiendo reducirlas, crítica y sistemáticamente, a la unidad fundamental de un principio último verdadero. No consiste tanto en innovar como en renovar; en ir tras la novedad como en saber descubrir y guardar lo perenne a través de las varias y múltiples tentativas que hacen los filósofos de revisión y de adaptación.

La filosofía no versa tanto sobre lo que fue o será, como sobre lo que es y permanece, pero no de un modo estático, sino dinámico y fecundo, en preñez de nuevas perspectivas y de nuevos análisis y ordenaciones. Tan contrario al genuino filosofar es el talante de quien hace del pasado piedra o estatua de sal, como el que hace del presente piqueta o martillo para demoler el pasado. Ni que el árbol no mude nunca de ramas y hojas, ni arrancarlo de raíz.

La verdad, no es algo que ame ser cultivado como pasado o futuro, sino como algo que *es* dialécticamente, siendo progreso en la tradición y tradición en el progreso. Ni los "primitivistas" y reaccionarios tienen razón, porque vueltos siempre atrás, "hacia los orígenes", ni los "progresistas" o "contestarios" porque siempre mirando sólo al porvenir, sin tomar tierra en el pasado.

La verdad, por otra parte, sólo se concilia con la verdad. La conciliación filosófica sólo puede acontecer entre sistemas verdaderos, no entre sistemas verdaderos y falsos. Y ello porque la verdadera filosofía no es más que una, la perenne, la que parte de un principio verdadero, en la que el error es ilógico y accidental. En cambio, el sistema falso tiene como fruto lógico y esencial el error, aunque *per accidens* afirme algunas verdades. Por eso, el sistema verdadero no puede buscar componendas con sistemas falsos.

Esto no se opone a un pluralismo filosófico legítimo, porque la verdad tiene virtualidades inmensas, las que cada pensador, en cada momento histórico, con las posibilidades que le da el pasado y las aportaciones del presente en que vive, va sacando a luz, actualizando y profundizando, según su personal capacidad. La filosofía perenne está siempre abierta a nuevas prospecciones e investigaciones, sin dogmatismos ni exclusivismos, al dominio universal de la verdad. *Patet omnibus veritas, nondum est occupata*, decía nuestro Vives.

Donde cabe el error, es en los puntos de vista particulares. Hay que aquilatarlos y hay que justificarlos. Entonces está en su lugar el diálogo que se entabla con caridad infinita hacia las personas, pero con intransigencia absoluta con el error. Cuanta más caridad, mayor firmeza en mantener la verdad y hacérsela comprender al que está en el error.

Abundan hoy, dice Sciacca, los católicos dialogantes y ecumenistas que, en aras de la caridad, parecen dispuestos a sacrificar la verdad, la verdad de su fe sobre todo, transigiendo con el error. Por ganar al mundo, transigen con sus máximas y sus principios falsos. Con lo que no ganan al mundo, sino que se

dejan ganar por el mundo. Le ofrecen un cristianismo "apetecible", porque está guisado conforme a los gustos y criterios mundanos; pero que deja de ser cristianismo de Cristo, porque poco o nada tiene que ver ya con la verdad y la moral de Cristo.

Nada de extraño tiene esto cuando se pone al hombre en el lugar de Dios, la sociología donde debe de estar la teología, se da al número lo que debe darse a la calidad y a las razones, a la eficacia el puesto que compete a la verdad. Así es fácil crear un cristianismo apetecible. La pena es que ya no es cristianismo. Sciacca recuerda el dicho de Schiller: "Vive con tu siglo, pero no te hagas criatura suya. Da a tus contemporáneos no aquello que a ellos les guste, sino lo que les es necesario", añadiendo por su cuenta: "Y nada es hoy tan necesario, justamente, porque tanto avanza el progreso de descristianización, como un Catolicismo sólida y decididamente anclado en la verdad que enseña, que no vacile ante la tempestad de los que gritan contra la supervivencia de "mitos" que dicen periclitados, que se afanan por desmantelar todo el orden sobrenatural, buscando una asimilación del Catolicismo a esta o la otra cultura, a costa de hacerlo perder su propia esencia" (pág. 130).

Bien está el pluralismo cultural, pero con tal que no suponga para la verdad cristiana ni alteración ni claudicación frente al error, que no se traduzca en relativismo o agnosticismo, sino que sea comprensión de casos y cosas para mejor difundir la verdad en su integridad. "Hoy, en cambio, bajo pretexto de desmitificación, desromanización y deshelenización del Cristianismo, lo que se hace es arrojar de la teología lo sobrenatural y a Dios, haciendo de Cristo y de su enseñanza un mero mensaje social, de pacifismo, humanitarismo, etc., una exhortación al hombre a purificarse de sus egoísmos con vistas a un comunitarismo mundial que es pura abstracción ... A este punto, el pluralismo teológico resulta el reverso de la medalla del eclecticismo en filosofía, y se identifica con la impiedad pura" (pág. 132).

La misión del cristianismo no es simple ni principalmente la de realizar un fin humano, dando satisfacción a las aspiraciones humanas sobre la tierra, en el tiempo. No tiene sentido y se presta al equívoco afirmar, por un lado, que la civilización técnica y del bienestar temporal constituye el ideal del hombre y, por otro, considerar misión del cristiano el insertar en ella un mensaje que cifra en otra cosa ese ideal. La visión tecnológica y antropocéntrica de la felicidad humana es incompatible con la teológica y cristocéntrica que profesa el cristianismo auténtico, mensaje místico de salvación ultraterrena.

No entenderlo así, es reducir el mensaje salvador de Cristo, siguiendo el proceso desmitologizante hoy en boga, a una simple exhortación a construir la ciudad terrena, haciendo coincidir el mensaje cristiano con cualquier otro mensaje que persiga los mismos fines terrenos. De ahí que hoy no sean pocos los que hacen una amalgama de marxismo y cristianismo, llegando incluso a panegirizar los métodos violentos del marxismo. Las "contestaciones", las "marchas" y las "prédicas revolucionarias" cumplen mejor con la misión cristiana que incumbe al hombre, que no las oraciones, las devotas peregrinaciones y las manifestaciones eucarísticas.

Este modo de pensar y actuar del cristianismo en lo social, es tan contrario a su esencia como lo es el otro que pretende una conciliación entre fe y ciencia, teología y cosmología del tipo de la ensayada por "un jesuita *famosus*, pero no *egregius* y menos aún *illustris*, soñador de una humanidad "planetizada" y autor de una "fantateología" en la que Cristo aparece como una especie de motor de la evolución cósmica, el Cristo-Omega, identificación última de la Cosmogénesis y de la Cristogénesis" (pág. 136). Todo eso no sirve más que para la propaganda y la maniobra política, eso que no interesa a la filosofía.

El hombre, adorador de la vida, de los sentidos y de los seres que pasan, y sobre los que él se endiosa, viendo cómo los domina y manipula con ciencia y técnica, se hace víctima de un engaño y una ilusión; queda reducido al nivel mundano al desarraigar del Ser, que es "logos" del universo (pág. 22). La técnica y la eficacia no pueden jamás arrogarse el papel que compete a la filosofía y a la verdad. Y todo lo que no vaya fundado en verdad se trocará en infelicidad a pesar de su aparente prosperidad.

Quien haya leído *El campesino del Garona* echará pronto de ver los muchos puntos de coincidencia entre este libro de Sciacca y aquel de Maritain. Lo que éste denomina en su libro "ideosofía", Sciacca lo llama "antifilosofía" y "filodoxia". Y muchos temas que éste pasa en revisión, se encuentran también en aquél.

Las lecciones del profesor italiano son claras, precisas y lógicas y, mientras se afirman sobre el terreno sólido del auténtico saber filosófico, se abren a la problemática actual de la teología y de la vida de la Iglesia con gran sentido de modernidad y de fidelidad a la verdad que permanece mientras se va abriendo a nuevas perspectivas.

B. MONSEGÚ, C. P.